



NOTAS Y DEBATES DE ACTUALIDAD

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA – AÑO 20. N° 68 (ENERO-MARZO, 2015) PP. 103 - 112
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA IBEROAMERICANA Y TEORÍA SOCIAL
ISSN 1315-5216 ~ CESA - FACES - UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA

Misoginia y fascismo

Misogyny and Fascism

Alba CAROSIO

Centro de Estudios de la Mujer, Universidad Central de Venezuela (CEM UCV).

Resumen

En el texto se analiza la relación entre fascismo, en su aspecto histórico y en sus derivaciones sociales, y misoginia. El odio o aversión a las mujeres es una de las bases del autoritarismo social, la demonización de las mujeres es milenaria, mantiene la supremacía masculina y prefigura toda forma de jerarquía y exclusión. El trabajo hace un recorrido por las ideas de inferioridad y malignidad femenina en el pensamiento griego, en la religión medieval, su permanencia en el pacto social igualitario que surge con la Revolución Francesa y la Ilustración; y su repotenciación en el culto fascista a la virilidad y la fuerza. Se analiza cómo la misoginia es una de las caras de la sumisión a la autoridad basada en la fuerza y la superioridad, que se asigna a un determinado grupo de personas, varones blancos de las clases acomodadas. La inferiorización y el odio a las mujeres justifican y legitiman su subordinación, subyace a toda forma de dominio, y legitiman la violencia como recurso para imponer el orden social.

Palabras clave: Misoginia, fascismo histórico, fascismo social, autoritarismo, dominación.

Abstract

In this text, the relationship between fascism in its historical appearance and its social implications and misogyny are analyzed. Hatred or aversion to women is one of the foundations of social authoritarianism; the demonization of women is ancient, maintaining male supremacy, and it prefigures all forms of hierarchy and exclusion. This work takes us through the ideas of inferiority and female malignancy in Greek thought; medieval religion; its permanence in the egalitarian social pact that arises with the French Revolution and the Enlightenment; and their re-empowerment in the fascist cult of virility and strength. The study analyzes how misogyny is one of the faces of submission to authority based on strength and superiority assigned to a particular group of people, white males of the affluent classes. The inferiorization and hatred of women justifies and legitimates their subordination, underlies all forms of domination and legitimates violence as a means to impose social order.

Keywords: misogyny, historical fascism, social fascism, authoritarianism, domination.

INTRODUCCIÓN

En este texto pretendemos analizar la relación entre el fascismo histórico y la misoginia explícita, pero también revisar y demostrar que las ideas sobre la inferioridad natural de las mujeres son base de sustentación del pensamiento autoritario y el fascismo social. La inferiorización y demonización de ciertos grupos humanos son estrategias para justificar su desigualdad, su opresión e incluso su exterminio, legitima el odio, la exclusión y la expulsión para mantener el orden y el bien social. Las sociedades autoritarias son especialistas en crear grupos de demonizados, y grupos de culto conformados por quienes detentan el poder. La misoginia es la forma de odio y demonización más extendida pero también más invisible y naturalizada, subyace y apalanca todas las formas de dominio.

AUTORITARISMO Y JERARQUÍA

El fascismo social necesita inferiorizar para dominar, porque la justificación de la superioridad de ciertos seres humanos sobre otros, se hace en base a características supuestamente naturales. De allí deriva no solamente un conjunto de ideas discriminatorias sino la opresión concreta, es decir, el conjunto de desigualdades sistemáticas en cuanto a poder y oportunidades en la vida derivadas de una estructura social jerárquicamente explotadora. Las diferencias biológicas se focalizan para justificar la relación de dominación histórica, debido a la cual, la biología se transforma en destino del que no se puede escapar. Crecen así las dinastías, de quienes arropados por las características físicas e históricas que se han valorizado en el ejercicio del poder, institucionalizan estructuras sociales que mantienen sus privilegios. En este tipo de sistema social, las identidades étnicas y sexuales, y sus diferencias psicológicas y culturales se entienden como a-históricas e insalvablemente generadoras de desigualdad, exclusiones y vulnerabilidades.

Para Boaventura de Sousa Santos¹, el fascismo social es un régimen civilizatorio que se basa en la segregación y el apartheid separando la civilización de la barbarie. Existe sólo un conjunto de personas con características determinadas que forman parte del contrato social, es decir que integran la sociedad civilizada, mientras que quienes están afuera son salvajes. La barbarie se define como no humanidad, todo lo que no responda las características y reglas de quienes históricamente han detentado el poder para construir y establecer el contrato social. En el fascismo social, la diferencia se vuelve desigualdad y exclusión, justificada por teorías sobre la inferioridad natural, en su doble acepción de carencia y subordinación.

Ya en 1950, Theodor Adorno² había pretendido realizar un estudio empírico sobre la discriminación, vinculando disposiciones psicológicas y ambiente cultural. En su investigación en equipo, *La Personalidad Autoritaria*, partió de la idea de que "las convicciones económicas, políticas y sociales de un individuo a menudo constituyen una pauta amplia y coherente, como si estuvieran vinculadas por una «mentalidad» o «espíritu», y que esta pauta es una expresión de tendencias profundas de la personalidad³", teniendo como preocupación arrojar luces sobre las características de quienes potencialmente podrían abrazar al fascismo. En este texto, la personalidad es entendida como una estructura relativamente permanente, una predisposición producida por un ambiente social e ideológi-

1 SOUSA SANTOS, de B (1998/2004). *Reinventar la democracia*. Quito, Ediciones Abya Ayala.

2 ADORNO, ThW; FRENKEL-BRUNSWICK, E; LEVINSON, DJ & SANFORD, RN (1959). *The Authoritarian Personality*, New York, Harper.

3 *Ibid.*, "Introducción".

co, de ninguna manera innato o racial. También para Erich Fromm⁴ el carácter autoritario constituyó la base humana del fascismo.

Adorno y su equipo, caracterizaron a la personalidad autoritaria con cinco rasgos: percepción de las relaciones humanas como jerárquicas, despersonalización de las relaciones humanas, convencionalismo, control sobre los impulsos e intolerancia y rigidez moral. Para el carácter autoritario, las interacciones humanas se entienden como juego de roles, entre individuos que ocupan un lugar determinado en la jerarquía. En el modelo civilizatorio actual, la primera experiencia de jerarquía es la sexual y es determinante de la personalidad autoritaria. El estudio concluye que la persona tolerante es más inclinada hacia la madre, mientras la autoritaria separa sexo de afectividad y se centra en convencionalismos. Miedo y destrucción son las principales fuerzas emocionales del fascismo, mientras que el eros pertenece principalmente a la democracia. Cualquiera que sienta miedo a perder su poder o su nivel social, puede responder de forma autoritaria, y el poder autoritario para sentirse y ejercerse necesita de la categoría inferior. Cuando a esta ecuación se agrega la violencia en cualquiera de sus formas alcanzamos el fascismo.

La desigualdad es inherente al fascismo, porque en su filosofía se sostiene que, hay quienes tienen características de mando y quienes las tienen de la obediencia, o lo que es lo mismo, hay quienes son superiores y hay quienes son inferiores. Las diferencias, sean de sexo o de raza, constituyen necesariamente signos de inferioridad o superioridad, de fuerza o debilidad, que dan derechos y deberes, o los quitan. Incluso los superiores deben eliminar a los inferiores cuando son demasiado imperfectos. William Ebenstein⁵ hizo una buena descripción de la jerarquía humana del fascismo social, afirmando que: “En el código fascista, los hombres son superiores a las mujeres, los soldados a los civiles, los miembros del partido a los que no lo son, la propia nación a las demás, los fuertes a los débiles, y los vencedores en la guerra a los vencidos⁶”. El elitismo y el odio a los/las débiles y vulnerables es intrínseco al fascismo. Se empina sobre el miedo a la diferencia, que se vuelve “enemiga”, sujeto de odio.

Las ideas sobre la “inferioridad natural” de las mujeres tienen una historia documentada de más de cinco mil años; la indocumentada se remonta posiblemente, a los orígenes de la especie. Las tradiciones, griega, hebrea y cristiana coinciden en culpar a una mujer de los males del mundo: Pandora, Lilith y Eva; en los tres mitos creacionistas, que no son los únicos pero han sido los más imperiales, lo negativo surge del comportamiento femenino. Esta visión misógina pasa a ser discurso hegemónico a través de las religiones, que explican el orden político y social en base a una supuesta voluntad divina. La religión patriarcal – que hoy revisan y cuestionan las corrientes teológicas de la liberación y la teología feminista – representa a la divinidad como perteneciente al orden masculino, incluso las nociones de pecado y virtud están relacionadas con discriminaciones de género. La ideología patriarcal enseña que el bien es masculino y el mal es femenino.

En el famoso *Malleus Maleficarum* (*Martillo de las Brujas*) escrito por los frailes dominicos alemanes Heinrich Kraemer y Jacob Sprenger⁷ en el siglo XV, se pretende explicar por qué hay más

4 FROMM, E (2006/1941). *El miedo a la libertad*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica.

5 EBENSTEIN, W (1960). *Los ismos políticos contemporáneos (comunismo, fascismo, capitalismo, socialismo)*. Barcelona, Ediciones Ariel.

6 *Ibid.*, p. 175.

7 KRAMER, H & SPRENGER, J (1486/1975). *Malleus Maleficarum (El martillo de las brujas)*. Trad., cast. de Floreal Maza. Buenos Aires, Ediciones Orión.

mujeres que hombres entre los que tienen tratos con el demonio⁸, sostienen que la razón natural explica que ellas son más carnales y más débiles mentalmente que los varones y por tanto, el diablo penetraba en ellas con mayor facilidad. La denigración facilitó el exterminio en la gran caza de brujas europea, donde la mayoría de las víctimas fueron campesinas pobres, entre ellas las conocidas sanadoras o comadronas que se encargaban de asistir a enfermos y parturientas que deambulaban de pueblo en pueblo. Como afirma Silvia Federici⁹ la dimensión de la masacre debía haber levantado sospechas, especialmente considerando que fue contemporánea al aniquilamiento de las poblaciones originarias de América y la trata de esclavos africanos. Esta gran operación ideológico-política fue una verdadera guerra contra las mujeres, basada en su denigración y demonización, que santificó la supremacía masculina.

La operación de conquista y colonización de América también utilizó el esquema de la caza de brujas, las poblaciones originarias y las africanas esclavizadas eran también sospechosas de tener tratos con el demonio, y esto legitimó su sometimiento bajo la excusa de la evangelización. Muchos de los textos producidos en Europa fueron su base. La identificación de la condición indígena, la negritud y la femineidad como marcas de bestialidad e irracionalidad justificaba la consecuente naturalización de su explotación. La lógica de la colonización implica también la deshumanización de aquéllos y aquéllas a quienes se quiere esclavizar. Aunque la caza de brujas no logró destruir la resistencias de las y los colonizados. El vínculo con la tierra, las religiones locales y la naturaleza se mantuvo principalmente por las mujeres, así como el culto a sus deidades originarias, proporcionando una fuente de resistencia anticolonial y anticapitalista durante más de 500 años.

Al igual que en Europa, el terror persiguió a las más pobres; las mujeres americanas eran arrestadas, en su mayoría ancianas y curanderas, bajo tortura reconocían los mismos crímenes que eran imputados en los juicios por brujería en Europa: pactos y copulación con el Diablo, prescripción de remedios a base de hierbas, uso de ungüentos, volar por el aire y realizar amuletos de cera. Sin embargo, no lograron aislarlas, fueron apreciadas por sus comunidades, fueron sacerdotisas, jugaron un papel importante en la defensa de sus comunidades y culturas.

MUJER COMO HOMBRE IMPERFECTO

En el pensamiento griego, la misoginia fue un esquema cultural de interpretación, ordenación y control de la realidad. El principio femenino se opone de manera radical al principio masculino, es la sede de todo lo que los varones no quieren ser, y el lugar de todo lo caótico, lo oscuro y lo maligno. Aristóteles relaciona lo masculino con la derecha, lo bueno, la luz y lo femenino con la izquierda, lo malo, la noche y el frío. El hombre fue asociado también con la unidad, lo limitado, y las mujeres con la pluralidad y lo ilimitado. La expresión “raza de las femeninas mujeres” resume la alteridad con que las define Hesíodo y su carácter de especie distinta, que permite calificarlas y denigrarlas como conjunto.

La misoginia es una mezcla de temor, rechazo, y odio a las mujeres. La hostilidad surge del miedo a la esencia femenina y sus capacidades. Desde la antropología se ha argumentado

8 *Ibid.*, p. 87, dice: “...Cuando una mujer piensa a solas, piensa el mal...” Y “... Toda la brujería proviene del apetito carnal que en las mujeres es insaciable... Para satisfacer su lujuria, copulan con demonios. Queda suficientemente claro que no es de extrañar que existan más mujeres que hombres infectadas por la herejía de la brujería... Y bendito sea el Altísimo, quien hasta hoy protegió al sexo masculino de tan gran delito; pues Él se mostró dispuesto a nacer y sufrir por nosotros, y por lo tanto concedió ese privilegio a los hombres....”.

9 FEDERICI, S (2010). *Calibán y la Bruja*. Madrid, Traficantes de Sueños.

que la necesidad de tener sometidas a las mujeres hizo que se las presentara como seres peligrosos a los que es necesario controlar. Se entrelaza con la concepción de que ser hombre es lo mejor, y es lo propiamente humano, y de que, por lo tanto y antes que nada, ser hombre es no ser mujer. Se funda en la concepción de que sólo los hombres pueden ser seres plenos y normales, mientras que las mujeres son incompletas, extrañas, anormales, dementes, diferentes y por lo tanto amenazantes. Para Daniel Cazes Menache la misoginia¹⁰ constituye el ambiente en el que se desarrollan la ciencia, la filosofía y la política, y es fundamento teórico y metodológico. El objetivo es inferiorizar a las mujeres.

En el pensamiento de Platón se plantea la idea de un solo género humano, la diferencia de lo femenino deriva de las especificaciones de grado con respecto a la perfección masculina. Las mujeres son degeneraciones de la especie humana, hombres defectuosos. Como ejemplo de ello, los varones cobardes se encarnaban en mujeres después de su muerte. Sobre un sustrato humano básico común, lo femenino se especifica como una versión imperfecta. Aristóteles sostiene en "La generación de los animales" que la hembra es como un macho deforme y el menstuo es un tipo de semen no puro. Sostenía que faltaba en la mujer el principio clave que es el calor vital¹¹. Afirmaba también que el macho poseía el principio motor y generador, mientras que la hembra aportaba el principio material.

En la visión aristotélica, el cuerpo materno es solamente un lugar, una suerte de taller donde se desarrolla el principio activo que es el masculino. Lo masculino engendra lo masculino, una hija mujer es simplemente un resultado defectuoso.

Este modelo natural, según Aristóteles, se ve correspondido en el modelo político mediante el control marital o estatal, ya que la mujer, dotada de una razón menor e imperfecta, incapaz de controlar su parte concupiscible, que la priva de voluntad, debe ser controlada ya por el marido, ya por el Estado. En la visión aristotélica de la sociedad, sólo el hombre masculino es capaz de acción política, es decir, de establecer una organización para un fin común, sobre la base de la razón. La política es la relación de poder propia de los hombres libres, de la condición del ciudadano. Si la lógica de la comunidad doméstica (*oikos*) se trasladara a la comunidad política, se desnaturalizaría, por eso aunque el *oikos* es el dominio de las mujeres la que sanciona en última instancia es la ley masculina.

En particular el temor a las mujeres y al principio femenino se basa en que se las identifica con el desorden, con la naturaleza que se manifiesta de modo más rotundo en sus cuerpos, con el desbordamiento de las pasiones que pueden provocar. Esta idea de la peligrosidad femenina fue adoptada y ampliada en la filosofía religiosa medieval, porque las mujeres son el principal estorbo a la obligación del varón de dominar su propia carne, ya que ellas mismas eran las más proclives a la lujuria. "La mujer es la puerta del diablo" decía San Jerónimo, uno de los Padres de la Iglesia. No es extraño entonces que estas ideas, sacralizadas por la autoridad eclesiástica dieran lugar a la caza de brujas; estas mujeres no amenazaban tanto a la cristiandad como a la paz y el orden del estado. Todas ellas eran consideradas potencialmente agitadoras.

10 CAZES MENACHELA, D (2011). "La misoginia. ideología de las relaciones humanas. Una introducción". Texto leído por el autor disponible in: <http://www.descargacultura.unam.mx/app1#autoresAPP1> México, UNAM. La misoginia como convicción puede estar en la mente de hombres y también de mujeres. Las mujeres también son misóginas porque muchas están convencidas de que los hombres son superiores y mejores.

11 Para Galeno también las mujeres son más imperfectas porque son más frías, ya que el calor es actividad.

Los conquistadores llegaron a América cargados de misoginia, de todo lo que era la ideología eclesiástica con fuerte contenido autoritario. Además de violar a las esclavizadas, originarias y africanas, se hacían campañas de purificación femenina enclaustrando a las mujeres, en el matrimonio o en el convento.

LA TRADICIÓN MISÓGINA EN EL PACTO SOCIAL IGUALITARIO

A pesar de que la Revolución Francesa y la Ilustración abrieron espacios a la reivindicación de la igualdad esencial de la persona humana y la razón como guía, las mujeres continuaron siendo excluidas e inferiorizadas. Las mujeres no son partícipes de la concepción de ciudadanía y el contrato social. La idea de igualdad conllevó la idea de desigualdad en relación con la esfera privada de lo femenino. La exclusión de las mujeres queda patente en el revolucionario francés Sylvain Marechal¹², quien fue a la vez en 1801, redactor del *Manifiesto de los Iguales* y de un *Proyecto* para prohibir a las mujeres que aprendiesen a leer. Consideraban que era necesario respetar la diferencia establecida por la naturaleza, a fin de que engendren hombres robustos y laboriosos. Ya en 1793, había sido guillotizada Olympe de Gouges, la autora de la *Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana*.

El modelo de feminidad que la división de papeles políticos sacraliza tiene moldes rousonianos. Si las mujeres no pertenecen al orden de lo público-político es porque lo hacen al doméstico-privado. La esfera del hogar ha de permanecer como fundamento y condición de posibilidad del todo político. Las mujeres, ni por sus cualidades intelectuales ni por cualidades físicas, pueden pagar el precio de la ciudadanía. Sostenía Rousseau que las mujeres regidas por el sentimiento y no por la razón, no podrían mantener la ecuanimidad necesaria en las asambleas y, físicamente endeble, no serían capaces de mantener la ciudadanía como un derecho frente a terceros.

El “discurso de la inferioridad” de las mujeres, frente a la universalidad ética, política y epistemológica no fue sólo una “contradicción” de la Ilustración, sino uno de los elementos constitutivos de los Estados liberales. La exclusión de las mujeres –como toda exclusión– requería construir una esencia femenina inferior, continuadora de la tradición misógina. Se consolidó una representación de las mujeres como centro de la domesticidad, cercanas a la naturaleza por sus funciones reproductivas, y exclusivamente dedicadas a las necesidades de sus hijos y de su círculo familiar; mientras que a los hombres se les representaba como intelectuales, políticos, y vinculados al interés general.

La misoginia religiosa se volvió laica luego de la Ilustración. Para Hegel por ejemplo, no se puede pensar la humanidad como un todo, hay dos leyes, la del día –masculina y estatal- y la de las sombras –femenina y familiar-. Lo femenino ama genéricamente mientras que lo masculino individualiza. Las mujeres no son ciudadanos, han de vivir para la familia. Para Nietzsche, lo femenino es un ardid de supervivencia, las mujeres son parásitos del fuerte y generan todo tipo de vampirización de las energías creadoras. Como señala Carla Lonzi¹³ la base filosófica continuó siendo que las mujeres son entendidas como un dato natural, no humano.

12 MARECHAL, S (1991). “La Razón quiere que las mujeres se contenten con inspirar a los poetas sin tratar de serlo ellas mismas”, in: FRAISSE, G (1991). *La musa de la Razón*. Madrid, Ediciones Cátedra.

13 LONZI, C (1980). *Escupamos sobre Hegel*. Barcelona, Anagrama.

En las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX, se multiplicaron las representaciones de la perversidad de la Mujer. Una sexualidad femenina amenazante se insinúa en la pintura, la escultura, la novela y la poesía. Al mismo tiempo, se impone un darwinismo social que proclama que los oprimidos son amenazantes para la cultura y la civilización. La anatomía y la fisiología de la época, estudiaron el cuerpo femenino y subrayaron las diferencias con el varón. La frenología y la craneología, por su parte, pesaron y midieron su cerebro y llegaron a la conclusión de que era más pequeño y de menor peso. La psicología, analizó su mente y tipificó las llamadas enfermedades de los nervios -entre ellas, la histeria-, síntomas de su sensibilidad desbordada y de su emotividad enfermiza.

En el último tercio del siglo XIX, determinados grupos intentaron justificar el imperialismo mediante el argumento de que los individuos y colectividades con mayor capacidad serían los más aptos para sobrevivir, y otros menos aptos estarían condenados a la extinción o a la supeditación. Sexismo, clasismo, racismo y colonialismo tienen bases comunes, adjudican a los sometidos, animalidad y sensualidad portadoras del caos. La Naturaleza se convierte en el gran argumento para legitimar cualquier desigualdad, y justifica la jerarquía social. Se llegó a afirmar que unos seres humanos podían alcanzar un nivel de perfección y otros no. Se trataba de construir la base científica del racismo y de la inferioridad de la mujer.

La teoría freudiana, en especial el miedo a la castración, puede verse como un exponente de este clima cultural en el que está presente una mezcla de temor y ansiedad frente a las nuevas mujeres de principios del Siglo XX. La figura de la mujer fatal aparece como representación de la femineidad destructiva para el hombre. En la influyente obra de Otto Weininger¹⁴, que modeló parte de la cultura germánica, las mujeres son definidas como la sexualidad misma y deben, como el abyecto y femenino judío, desaparecer. El deseo despertado por ellas, precipita a los hombres al abismo de la animalidad. La visión que tiene Weininger de la mujer es ciertamente escalofriante y se puede resumir en una única frase lapidaria: "aun el más inferior de los hombres está muy por encima de la mujer más elevada".

Paralelamente en Italia, Filippo Tommaso Marinetti¹⁵ creador del futurismo y defensor del fascismo, propugnaba la magnificación de la masculinidad como fuerza y la guerra como regeneración de los valores primordiales. El objetivo del colectivo femenino es solamente salvaguardar la virilidad y asegurar el futuro de la nación y la raza. Para Marinetti la contaminación de lo femenino marchita al macho. En su novela *Mafarka, el futurista* (1910), guerra y violencia contra las mujeres se unen eróticamente; su primer capítulo se titula "El estupro de las negras", sostiene que es normal que los vencedores lleguen a la violación para recrear la vida. Se exaltan los valores bélicos por encima del amor, el amor a las mujeres fue sustituido por el amor a la guerra y a las máquinas.

EL CULTO A LA VIRILIDAD DEL NAZI-FASCISMO

El nazi-fascismo fue la ideología que pretendía recuperar el orden social, alcanzar la unidad y la identidad nacionales, excluyendo y hostigando a quienes pusiesen en peligro tal aspiración, y persiguiendo hasta su exterminación a aquellos elementos considerados extraños o disolventes. Su visión fue heredera del darwinismo social que enfatizaba pseudocientíficamente la desigualdad cultural, sexual, racial y étnica de la humanidad, estableciendo una escala en importancia, cuyo peldaño

14 WEININGER, O (1902/2004). *Sexo y Carácter*. Buenos Aires, Losada.

15 MARINETTI (1909/2003). *Mafarka. El futurista*. Sevilla, Editorial Renacimiento.

superior era ocupado por la raza aria. Paralelamente se va profundizando el odio hacia grupos humanos específicos y mujeres. El fascismo histórico impulsa y garantiza la organización jerárquica de la sociedad.

A partir de los años 20 del siglo XX, los fascismos históricos en Italia, Alemania y España ascendieron para oponerse al comunismo, fueron favorecidos por la crisis económica de la posguerra, por el nacionalismo surgido en el siglo XIX en su variante más radical basada en la unidad étnica, y por las filosofías irracionalistas. Se trató de movimientos político-ideológicos autoritarios, antimarxistas y antidemocráticos, que crearon un Estado autoritario dominado por un partido único, imponiendo el gobierno de los más fuertes. Sus bases sociales fueron variadas, ya que ofrecía la posibilidad de superar la lucha de clases. José Carlos Mariátegui¹⁶ en "Biología del fascismo" explica cómo la clase media italiana, aunque disgustada con la burguesía, era vagamente hostil al proletariado, fue desdeñosamente tratada por la ortodoxia revolucionaria. La burguesía armó entonces al fascismo y lo empujó a la persecución del socialismo.

Como analiza Georges Bataille¹⁷, en su texto *La estructura psicológica del fascismo*, el fascismo es también la expresión política de una comunidad que se piensa homogénea y es hostil a la intrusión del otro. De allí, la deriva al recurso del exterminio contra las manifestaciones de heterogeneidad: étnica, sexual, de origen, etc. El fascismo busca la asimilación a cualquier precio, utilizando la fuerza y la violencia para alcanzarla. Proponía una regeneración social mediante la creación de un hombre nuevo viril, fuerte, dominador y conquistador, creador de la grandeza nacional.

El culto de la virilidad fue fundamental, los hombres eran agentes de la renovación social, en un momento en el que la "decadencia" se caracteriza como una feminización notable del espíritu nacional. La guerra era la nueva fuente a través de la cual los varones tomaban la milagrosa savia de la vida, y se perdía el miedo a Dios, y el miedo al mundo. Sólo se aceptaba la masculinidad químicamente pura, que además probada en la guerra, se convertía en generadora de cambio social. Se creó un discurso global de la fuerza (masculina) frente a la debilidad (femenina).

La masculinidad hegemónica se consolidó en una visión de hombres auténticos, que eran capaces de dominar y domar sus pasiones, emociones y deseos físicos, convirtiendo estos instintos "primitivos" en fuerza y acción. Frente al prototipo viril otros hombres eran inferiores, como los homosexuales, los judíos, la población colonial, la clase obrera, que eran descritos como afeminados. La identidad masculina se definía también a partir de la superioridad, la dominación, las actitudes violentas, con énfasis en la fortaleza física¹⁸. La superioridad masculina se imponía como el "orden natural", que se articulaba con las jerarquías sociales.

El lugar que el fascismo reservó a las mujeres fue el hogar, impuso el papel de "esposa y madre ejemplar". Su principal misión en la sociedad era la maternidad: dar nuevos soldados para la Patria. En palabras de Mussolini: "La maternidad es obligación de la mujer como la guerra lo es del hom-

16 MARIÁTEGUI, JC (1925). "Biología del fascismo", in: *La escena contemporánea*. Disponible en <http://www.marxists.org/espanol/mariateg/1925/escena/index.htm> Fecha de acceso 10 julio de 2013.

17 BATAILLE, G (1933/2005). *La estructura psicológica del fascismo/ El estado y el problema del Fascismo*. Valencia. Pretextos.

18 "La Falange otorgó mucha importancia a la apariencia física, como un fomento de la virilidad fascista y como recurso para diferenciar al fascismo de otros movimientos juveniles radicales que surgieron a raíz de la Segunda República". Véase: "La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista", in: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 28, nov. 2006. Madrid, Universidad Complutense. Disponible en: <http://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/article/view/CHCO0606110135A/6807> Fecha de acceso 10 julio de 2013.

bre". Pilar Primo de Rivera decía que "el deber de las mujeres para con la patria es formar familias". La madre se convierte en el referente que une la procreación y la guerra, la vida y la muerte, dando con ello a la maternidad un significado militar. No sólo se esperaba del ama de casa que fuera una abnegada esposa y una madre prolífica, sino también que manejara con destreza unos recursos cada vez más escasos. Su obligación era la de salvar la unidad familiar, la armonía jerárquica de sus componentes, aunque eso supusiera sacrificios.

Las "jovenzuelas libertarias" representaban un peligro: la autoridad paterna y el tutelaje masculino las devolverían a su lugar "natural" en la familia, la sociedad y la nación¹⁹. Se distinguió dos tipos de mujeres: por un lado, la mujer urbana, liberal, un poco andrógina, delgada, histérica, decadente y estéril; por otro, la mujer-madre, ancha de caderas, rolliza, patriótica y prolífica. El cuerpo se convirtió en un símbolo de la fortaleza nacional, donde solo una mujer sana, fuerte y limpia podía mejorar la raza. Proponer la procreación como un deber social significó la implantación del estado como un agente fuerte de la familia. El fascismo intentó conservar y desarrollar la concepción patriarcal de la familia enfatizando la autoridad del padre y la subordinación de las mujeres, fueran esposas o hijas.

La moral de las tres "k": "Kinder, Küche, Kircher" fue una consigna nacional-socialista que mandaba a las mujeres a atender a los niños, a la cocina y a la iglesia. En 1934, Adolf Hitler se dirigió a la Organización Nacional de Mujeres Socialistas y les dijo que "el mundo de una mujer es su esposo, su familia, los niños y su hogar". Para los nazis, misoginia y antisemitismo marchaban juntos, decían que los cambios en los derechos de las mujeres eran producto del intelecto judío. Mussolini también despreciaba el papel de la mujer fuera del sexo y el cuidado, exaltando la violencia machista más soez y pueril cuando afirmaba: "A las mujeres, bastonazos e hijos", su slogan fue "Le donne a casa".

En la España de Franco, la Iglesia, la Sección Femenina y el Nacionalcatolicismo reinante, aplastaban a la mujer con sus obligaciones domésticas. Ser buena esposa y madre era lo fundamental: "La mujer: la pata quebrada y en casa". Era un dicho popular. La femineidad se identifica con la fragilidad y el espíritu de sacrificio. En 1934, el Primer Manifiesto de la Sección Femenina de la Falange decía: "Por España, por ellos y por nosotras mismas hemos de imponernos todo sacrificio para recobrar el ímpetu, la justicia y la alegría de España. Por duros que sean los trabajos valdrá más el precio de alcanzar las horas de una nueva y eterna España, justa y unida²⁰."

La misoginia, desprecio y sumisión de las mujeres en el fascismo histórico no es un dato menor, garantizó la educación autoritaria necesaria para mantener el orden y generar la aceptación sin rebeldía del valor de la fuerza como legitimadora de una sociedad cohesionada. Cumplió también la función de apoyar el fomento del odio a diferentes y débiles, que sirvió para impulsar la unidad y la movilización. Este es el origen de la fuerza emocional del fascismo.

CONCLUSIÓN

Esencialmente, el culto a la virilidad y la misoginia aparejada, es una de las caras de la sumisión a la autoridad basada en la fuerza y la superioridad que se asigna a un determinado grupo de personas, varones blancos de las clases acomodadas, que son quienes ocupan las posiciones de

19 *Ibidem*.

20 BOSCH, E; FERRER, V & GILI, M (1999). *Historia de la misoginia*. Barcelona, Anthropos Editorial.

dominio. La inferiorización y el odio justifican y legitiman la dominación, y también legitiman la violencia como recurso para imponer el orden social, que se basa en las jerarquías. La ideología tradicional autoritaria, "inmovilista", cauteladora del "orden", se corresponde con una práctica concreta rígida y cerrada al cambio.

El prejuicio y su consecuencia, el odio, son los materiales que generan el autoritarismo que puede llegar al extremo del exterminio. Desprecio, hostilidad y aversión son una escalada siempre posible. En realidad, siempre el odio tiene como horizonte último el exterminio. La misoginia es odio naturalizado hacia las mujeres que siempre ha servido de aliado indispensable a las diversas formas de autoritarismo. Y no hay que olvidar que el autoritarismo se vuelve fascismo casi sin darse cuenta.